

Estampas de España musulmana

Don Claudio Sánchez Albornoz, pronunció en la Argentina, en el verano de 1933, una serie de conferencias en distintos centros culturales, entre las que destacan unas Estampas de España musulmana, que por aparecer citadas en la bibliografía general, creemos conveniente reproducir del «Anuario de Historia del Derecho Español», X, 1933, única publicación que hasta ahora ha divulgado, en resumen, el tema de ellas.

Un día en la Córdoba del Califato

Comenzó situándose en el camino de la ciudad, poblado de traficantes y peregrinos, recorrido por los camellos del Califa, que traen mosaicos bizantinos para la Mezquita en construcción, por grupos de judíos que importan telas orientales y por los embajadores bizantinos que traen mensajes para el Califa. Tres viajeros, un poeta, un jurista y un músico contemplan desde una altura la ciudad con sus ciento treinta y seis mil casas y medio millón de almas. Penetran luego en Córdoba y nos llevan a la Mezquita a asistir a la oración de la tarde, no sin tropezar antes con alguna escena pintoresca en el zaguan de la casa del Juez. Al amanecer, saliendo del Fondac o albergue y recorriendo las calles y plazas de Córdoba, es posible hacer una visita al mercado de esclavas y ver las artimañas empleadas por los vendedores para engañar a los clientes y cruzar por los otros zocos de la ciudad donde llaman la atención de las gentes las sillas de montar con estribos, todavía no frecuentes en el Alandalus, y el precio bajo de los granos que determina a los abastecedores a quemar sus mercancías; sorprender a un zalmedina o gobernador de Córdoba citado por el Juez. Siguiéndole se penetra en el patio de la Aljama, donde diversos maestros enseñaban tradiciones, filosofía y gramática y se oía explicar a Aben Alcutia una lección de historia. Luego se asiste a la audiencia del Juez flautista, donde se presencian varios incidentes procesales llenos de interés y se escuchan relatar diversas anécdotas de la vieja historia de los jueces cordobeses. Tras la co-

mida, pasando al mercado de libros, puede presenciarse cómo un aristócrata puja, con un estudioso, un libro raro que aquél compra por que su tamaño se aviene a maravilla con un hueco que hay en su biblioteca. Mas tarde puede visitarse el palacio y la gran biblioteca de Aben Fotais y asistir a una rogativa en demanda de lluvia, a unas regatas en el río, conocer a varios tipos populares, como el ciego de Cabra, recitador, la alcahueta o el eunuco, o presenciar una juerga nocturna, en una almunia en los alrededores. Y junto a toda esta vida musulmana una iglesia mozárabe donde se celebraba una fiesta religiosa en honor de los mártires cristianos del siglo anterior. La exposición se completó con la lectura de varias poesías.

La vida en el Palacio de los Califas

Comenzó descubriendo el soberbio palacio donde habitan los Califas con su corte, constituida por sus mujeres, sus eunucos, sus servidores y sus guardias. Los Califas son el centro del mundo musulmán hispano. Cómo eran física y moralmente? No conservaban nada de los rasgos humanos, ni de las virtudes morales del beduino árabe. Hijos de mujeres gallegas o esclavas, eran rubios y de ojos azules y se teñían de negro, y ya en el siglo X, en su mayor parte, cobardes, aváros, lujuriosos, sin escrúpulos ante el crimen, aunque éste acarrearla la muerte de un hijo o de un hermano. Vivían rodeados del máximo lujo y de cuantos placeres podían soñarse. Luego vemos a Hixem interrumpiendo su idilio con una bella esclava para atender a un cliente, y a Alhakem en oración para pedir a Alá que le inspirase al sustituir al gran juez fiautista a quien ya conocemos. Presenciamos los amores del emir poeta Abderramán II y la sultana Aurora, una junta del Tribunal de la Inquisición Cordobesa celebrada en el palacio y el envenenamiento frustrado del califa; y asistimos al entronizamiento novelesco de Mahomed, a escenas que retratan la avaricia de Abdallah y a borracheras y bromas de los días de Abderramán III. Este gran constructor, huyendo de Córdoba, edifica una ciudad de placer, Medina Azahara, a unas millas de la capital de la España musulmana, como más tarde Felipe II construía El Escorial, cerca de Madrid.

La ciudad de ensueño se puebla de maravillas y riquezas, entre las que se destaca el estanque de mercurio y la perla gigantesca, regalo del César de Bizancio. En el palacio habitan 6.000 mujeres, 3.500 eunucos y en la ciudad 12.000 soldados y 13.000 sirvientes.

Solo 800 panes se emplean a diario para alimentar a los peces de los estanques. Revive la ciudad-palacio a nuestros ojos y presenciarnos algunas recepciones de los embajadores bizantinos o del rey leones Ordoño el Malo; nos lleva a su famosa biblioteca, la primera del mundo durante muchos siglos; por los salones de su harem, admiramos las proezas de habilidad reptante del futuro Almanzor, y en ellos vemos morir a Almostansir Billah, y a sus eunucos, intentando sustituirle a su capricho. Amor y sangre, lujuria y crimen, placer sin medida y poderío sin límites, lujo y fausto en los califas y en su corte, y, sin embargo, todo caduco y perecedero; la ciudad se arruina antes de cumplir un siglo, y su fundador, en medio de su existencia de excepción, deja registrados los días felices de su vida y no se cuentan sino catorce en cincuenta años de reinado.

Estampas de la vida monástica en España hace un milenio

En unas, que constituyeron la cuarta y última conferencia de este ciclo, Sánchez Albornoz, hizo desfilar ante los ojos del auditorio reconstrucciones pletóricas de vida y movimiento de lo que era la vida en los monasterios medievales. Abandonando la ciudad de León la tarde de un día de mercado, vemos regresar a su hogar los labriegos que por la mañana habían ido a vender sus artículos. Con ellos salía también de la ciudad el abad del monasterio no lejano, seguido de sus siervos y criados. Regresaba aquél a su cenobio después de asistir a una asamblea judicial donde se había practicado la ordalia del agua caliente, y su servidumbre volvía de hacer en el mercado leonés el aprovisionamiento del cenobio. Años después el abad lo abandonaba con su biblioteca, llamado por la reina para marchar a Córdoba como embajador cerca de Alhaquem. Más no le acompañó la fortuna; la entrevista con éste fué violenta y aquél fué expulsado del Andaluz; pero la estancia en éste había sido perjudicial para la moral del monje leonés, cuyos escándalos produjeron luego el asalto por el populacho, del convento donde se encontraba. Las campañas de Almanzor, que produjeron la destrucción del claustro, obligaron a los abades a nuevas angustias para reconstruirlo. Un siglo después, monjes cluniacenses franceses, traídos por Alfonso VI, lo poblaban, y contra ellos se alzaban los burgueses del lugar que perturbaron la vida quieta del cenobio. De estas y otras revueltas semejantes salió afirmada la libertad municipal y la burguesía comenzó su ascensión. En otra ocasión sirvió el monasterio de hospedaje a los reyes y a su

brillante cortejo de magnates y soldados. Para tan ilustres huéspedes, las desnudas paredes de las celdas se vistieron de cortinajes y adornos. Rodeada de sus damas se retiró a una de ellas la reina, mientras el abad en animada plática procuraba arrancar al monarca la inmunidad para las tierras de su convento. Tras una noche de vacilaciones accedió el monarca a lo solicitado, y a la mañana siguiente, en una función solemne, en la iglesia entregó al abad el privilegio. Todavía antes de emprender la partida, tuvo lugar una sesión ocasional del palatium o curia regia para fallar un litigio entre el Conde de Luna y doña Guntero, apoyada por el abad.

La mujer española hace un milenio

Reuniendo los datos dispersos y escasos que tenemos y llenando con ellos aquellos aspectos que las crónicas oficiales o documentos eclesiásticos olvidan por completo. La mujer española, tanto la cristiana como la musulmana, pertenecían a la misma unidad étnica y lingüística.

Los sucesivos dominadores de la península casi no habían enviado a ella sino catervas de varones que fueron conquistados por las mujeres españolas, y así las oleadas de sangre romana, germana, africana oriental inyectada en las venas de las hembras hispanas no habían alterado apenas el fondo étnico primitivo, y como el lenguaje es exponente de la feminidad de cada época, lo mismo en los reinos cristianos que en la España islamita se hablaba en lengua romance hermana del leonés y del gallego de hoy. Hasta los califas la empleaban; los califas hijos de esclavas gallegas como la mayor parte de los nobles. Pero la cultura, la religión y el derecho distintos acabaron creando dos tipos de mujeres: la cristiana y la mora. Esta vivía en la familia que tenía por base la poligamia. Cada hombre podía tener cuatro mujeres y el número de esclavas que pudiera costearse. La mujer pasaba del aislamiento del harén del padre al del marido con quien se casaba sin haber cambiado una palabra. Jurídicamente la mujer musulmana era sui juris, pero no le compensaban tales derechos familiares su triste situación familiar. Una palabra del marido bastaba para producir el repudio de la mujer, y ésta no podía conseguir el divorcio sino probando que había sido maltratada por el marido sin motivo, lo que era difícil, ó indemnizándole para conseguir su asentimiento. Las mujeres islamitas se burlaban a veces de todos sus deberes y arrastradas por el amor se entregaban en brazos de amigos o de amantes.

Junto a ellas las cristianas que vivían en tierras musulmanas eran señoras de sus casas, si no eran esclavas compradas en el mercado de las mismas; esclavas que si alguna vez llegaban a ser soberanas al enamorar a los califas, recibiendo de ellos homenajes y fantásticos regalos, en la mayoría de los casos eran bestias de trabajo y de placer.

Una minoría de mujeres islamitas se dedicó al cultivo de las artes y las ciencias y otra se dejó arrastrar por el deseo de mando y de poder, por ejemplo, los casos de las sultanas Tarub y Sobh, de triste recuerdo. En general, las mujeres moras fueron solo hembras de tipo sensual, sin intervención decisiva en la vida del califato hispano.

La mujer cristiana vivía en familia monógama bendecida por la divinidad y reglamentada por el derecho eclesiástico, que acaba con la tradición germanica y romana del repudio. La mujer noble gozaba los honores del marido.

La vida era dura en el Norte, cuyas diferencias de clima y ambiente con el Sur era manifiesta. A la lucha con el medio se unía para acercar las condiciones de vida de la mujer cristiana, la lucha con los musulmanes que cada primavera pasaban la frontera, asolaban el país y hacían multitud de cautivos, entre los que figuraron incluso princesas navarras o leonesas.

Y la ausencia de ciudades que acentúa el perfil hosco de la vida rural y la doctrina de renuncia y sacrificio que predicaba el cristianismo, contribuían a crear un trágico sentimiento del destino y una inquietud en los pueblos cristianos. Las mujeres, agitadas por esta turbación e interior desasosiego, dieron salida a su dinamismo por los campos del amor, de la religión y de la política.

